



Ángel de mi soledad

LUCÍA GARCÍA ITZIGSOHN (UNLP)
8 DE JUNIO

Era una pibita, adolescente, con miles de preguntas, con los ojos ávidos de ver y entender el mundo.

Antes de conocer a las Madres de Plaza de Mayo, mucho antes de armar H.I.J.O.S. te fui a ver. Era la única en mi división a la que le gustaban los Redondos. Marcelo “El pájaro”, el gordo y otros más que estaban en la entrada y eran mis amigos me invitaron al microestadio de Racing y allá fuimos en una combi a lo desconocido. Yo fumaba, mientras miraba esa comunidad ajena de la que empezaba a sentirme parte.

Criada de abuela, estudiante del Colegio Nacional, rubiecita, algo de lo que estaba roto en mí conectó con esa tribu a la que abracé para siempre. Y desde ahí fuiste mi contraseña.

En esos años yo no tenía patria. Ni bandera. Tenía bronca y tristeza. Y tus pogos empezaron a ser mi lugar. Ese cuerpo colectivo en que nos transformaba tu música, ese latido de ser con otros, era mi patria.

Sembraste banderas en mi corazón. Sos una sensibilidad, una forma de hacer comunidad, de vivir la música en el cuerpo, de encontrar poesía en lo lúgubre, de respeto a los otros siempre, de sostener convicciones, de interpretar lo popular con sutileza y potencia, de abrazarnos en la falla para que nazca algo mejor.

Ahora me di cuenta de que naciste en 1949, el mismo año que mi vieja. Que fuiste parte de esa generación revolucionaria de los 30.000. Por eso nos enseñaste tanto. Que todo preso es político. Que violencia es mentir. Que cómo no sentirnos así si ese perro sigue allí. Que en la resistencia está todo el hidalgo valor de la vida. Y que si no hay amor que no haya nada entonces.

La única música que nunca no quiero escuchar es la tuya. Siempre redondita y de ricota.